

Oscar E. Bosetti

Las charlas de *Discepolín*: un caso de periodismo radiofónico cultural

Oscar E. Bosetti

*Investigador e historiador de la Radio Argentina.
Profesor Titular Ordinario en las carreras de Comunicación Social de las Universidades Nacionales de Buenos Aires, Entre Ríos y Quilmes.*

Profesor de Posgrado en la Universidad Nacional de San Martín.

Autor de los libros: Radiofonías. Palabras y Sonidos de Largo Alcance (Buenos Aires, Colihue, 1994); Las tres frecuencias didácticas del dial radiofónico (Buenos Aires, Paidós, 1997) y Las charlas radiofónicas de Discepolín: Un caso de periodismo radiofónico cultural (Prov. de Buenos Aires, Ediciones Chapaleufú, Tandil, 1999).

*Subsecretario de Medios de Comunicación de la Universidad de Buenos Aires (2002-2006)
Director de la Agencia Radiofónica de Comunicación de la Universidad Nacional de Entre Ríos.*



En el campo de la sinuosa historia de la radiofonía argentina, *periodismo y cultura nacional* son menciones que arrastran tradiciones de larga data, amalgaman prácticas pensadas desde discursos particulares e intersectan universos de ideas donde la experiencia externa entra en diálogo polémico con las marcas de lo local. Pero también resulta cierto que, en el actual contexto histórico atravesado por los rigores de la globalización, la transnacionalización y los procesos de alta concentración multimediática, *periodismo radiofónico y cultura nacional* son términos insoslayables que han ingresado en un espacio de inquietantes y variados interrogantes acerca del presente y su posible devenir.

Estas breves, panorámicas líneas se remiten a otro corte de época que genéricamente podríamos designar como *el pasado*; o si se prefiere situar con mayor precisión, nos instala en los inicios de la década de 1950. Su objeto de indagaciones lo constituye una serie de Charlas Radiofónicas puestas al aire por **Enrique Santos Discépolo**¹ (27 de marzo de 1901 - 23 de diciembre de 1951), el notable letrista de tangos cuya notoriedad entre los apasionados por la música de la Ciudad de Buenos Aires y el Teatro Nacional le permitió captar la atención de una nueva y más vasta franja de audiencia. Así, a partir del 11 de julio de 1951 y durante 37 noches, al final de cada

¹ **Enrique Santos Discépolo** se formó viendo teatro junto a su hermano Armando y llegó al mundo del tango luego de probar suerte en la dramaturgia y en la actuación teatral y cinematográfica. En sus primeras incursiones como autor de canciones populares (*Bizcochito, ¡Qué vachaché!*) no le fue bien hasta que, en 1928, Azucena Maizani interpretó *Esta noche me emborracho* y, al poco tiempo, esos versos eran tarareados en diferentes rincones de la Ciudad-Puerto y sus suburbios. Ese mismo año se uniría a la española Tania, que se convertiría en una de las mejores intérpretes de sus composiciones y, a su vez, en su entrañable pareja por el resto de sus turbulentos días.

Más urbano que Homero Manzi, menos interesado en el universo del malevaje o en las heridas producidas por el amor frustrado, la poética de *Discepolín* principalmente se ocupó del desencanto, de las ilusiones perdidas de la pequeña burguesía porteña; en fin, de los idealismos que habían sido arrasados por la fatal realidad de la Década Infame.

Para muchos estudiosos de la canción popular, su composición más universal fue *Cambalache*, que Sofía Bozán estrenó en el Teatro Maipo durante la temporada de 1935. Para el poeta Leónidas Lamborghini, *Cambalache* es «el verdadero Himno Nacional argentino».

jornada de trabajo, la inconfundible voz de *Discepolín* llegó a miles de hogares a las 20:30 –a esa hora exacta del encuentro familiar– constituyéndose para la oposición política al peronismo, en «*el propagandista mimado de la dictadura*».

«**Pienso y digo lo que pienso**» comienza a difundirse en el otoño del 51 hasta las cercanías de las elecciones nacionales del 11 de noviembre de ese año. De estos micro-programas se conservan algunas grabaciones originales y existen, por lo menos, dos ediciones en forma de libro; una con el título ***Mordisquito ja mí no me la vas a contar!*** (Buenos Aires, Realidad Política, 1986) y, la otra, ***¿A mí me la vas a contar. Mordisquito?*** (Rosario, Editorial Fundación Ross, 1985). En ambos textos, sus compiladores –Norberto Galasso y Jorge Torres Roggero, respectivamente– recogen la frase de cierre de cada audición, ya sea en su forma afirmativa o negativa.

La pre-producción, producción y puesta en antena de esos guiones radiofónicos surgen como el resultado de los lineamientos expresados por la política cultural oficial que determinaba una cuota de programas con contenido nacional (folclore, tango, radioteatros, etc.). En tal sentido, el sistema radiofónico funcionaba como una tribuna social, política y cultural del primer gobierno peronista; indudablemente, la radio era el medio de masas por antonomasia y su control era ejercido directamente por el Estado –mediante LRA Radio del Estado– o por administradores cercanos al poder político que conducían las principales emisoras argentinas –LR 1 Radio *El Mundo*, LR 3 Radio *Belgrano* y LR 4 Radio *Splendid* y sus respectivas cadenas de alcance nacional: *La Azul y Blanca de Emisoras Argentinas*, *La Primera Cadena Argentina de Broadcasting* y *La Red Argentina de Emisoras Splendid*–. La participación de *Discepolín* en el ciclo al que nos referimos admite una doble posibilidad de lectura: por un lado, fue la respuesta efectiva a un pedido del propio gobierno nacional, pero, a su vez, representa la decisión voluntaria de un grupo generacional, de clase e incluso individual, de militar activamente en la construcción de una nueva hegemonía político-cultural.



A la luz de estos datos referenciales –y otros que sitúan y explican el proceso de producción y decodificación de una pieza comunicacional– esos textos exudan estrategias enunciativas, argumentativas y expresivas que se imbrican en juego para manufacturar estos contenidos radiofónicos en tanto procesos de semiosis sígnica. Asimismo, esos breves monólogos dialogizados o soliloquios a un interlocutor ausente llamado **Mordisquito** –ese contrera implacable erigido en el modelo de los antiperonistas de la clase media de esos años– gestan la escritura del acontecimiento en su proceso de constitución con el rumor como elemento integrante.

En la serie «**Pienso y digo lo que pienso**», entonces, se despliegan ciertas señales heterogéneas como los módulos perfectos de un complejo rompecabezas para armar. Allí está presente, por ejemplo, la **refutación** como un singular tipo de argumentación que responde a un repertorio de anteriores, pasadas objeciones y cuyo objetivo final es erosionar las razones del adversario. O la oposición entre el **pasado** cruzado de fracasos, abyección y promesas incumplidas y el **presente** dinámico, luminoso, desbordante de realizaciones. Pero también se advierte el dispositivo antagonístico entre el **hecho** y el **rumor**, donde el narrador se propone desmentir los rumores porque se sostienen en calumnias y mentiras y no en la rispida contundencia de los hechos.

Con la obstinada paciencia del orfebre, **Enrique Santos Discépolo** construye la palabra radiofónica que registra una historia auditiva y nos remite al concepto de **radiofonicidad** elaborado por el esteta alemán **Rudolf Arnheim**. Y diagrama un relato de nuevo tipo, alejado tanto del coyuntural comentario político como del previsible boletín informativo, recogiendo tradiciones inscriptas en las fábulas del melodrama filmico y del radioteatro, donde el lenguaje articula emoción y expresividad. En ese sentido, **Discepollin** opera como el sagaz, atento cronista de su tiempo, al contextualizar el carácter poliaudiofónico del acontecimiento presente.

Charla Número XXX

Mirá... Estoy ronco porque hace tres horas que hablo y no me entendés. Mirá, Mordisquito... Durante 1950 el gobierno repartió títulos, permisos y concesiones sobre tierras a cinco mil familias con un total de veintidós mil personas. ¿Y sabés qué tierras? Las mismas que durante los años de la incuria permanecieron tiradas como un excedente... Los latifundios, Mordisquito... esos tremendos bostezos de campo laborable, con un entepiso que esperaba ansiosamente la visita de las raíces que no le llegaban nunca. ¡Claro, mucho lío plantar! ¡Mucho lío el desmonte o el emparve! ¡Tremenda complicación esa de aceitar un arado o una trilladora! ¡Cargosa dificultad esa de abrirle la tranquera a las familias muertas de hambre para que entrasen a roturar la tierra... y no sólo ganasen su alimento y su sueldo, sino que acrecentasen las riquezas de los patrones negligentes! No Mordisquito... ya te lo dije antes: ¡mucho lío! El país estaba repartido en las manos de cien familias...

¡Las cien familias privilegiadas de antes! Claro, si en los latifundios entraba el río de las otras familias... las familias desheredadas y hambrientas... aquella tierra que no servía para nada serviría para todo... pero los patrones bajaban la argolla de la tranquera, estiraban los tientos y se hacían el viajecito a Europa... ¡no podía fallar!

Claro, ellos o bien tenían dinero a paladas y no querían molestarse en subdividir aquellos estériles lagos de pasto... o bien pensaban otra cosa... ¡No, si se la tenían bien pensada, no vayas a creer! La subdivisión y el arrendamiento de los latifundios hubieran traído, desde luego, una abundancia de trabajo... y a los explotadores de la peonada les convenía que el trabajo fuera escaso y ambicionado... para así pagar sueldos infames a los desesperados... porque un hombre que tiene a sus espaldas una familia querida a la que mantener, agacha la cabeza, acepta la humillación y el latigazo, trabaja por chauchas, convierte su dignidad de hombre en una miserable heroicidad. ¿Entendés,



Mordisquito? Te hablo de gente de campo... y te hablo de gente de la ciudad. Lo que ocurría en los latifundios ocurría en las fábricas. El hombre explotaba al hombre porque más allá de los centavos del jornal, cruelmente ganado... ino había nada...! Es decir, sí, había... cien familias... había... cien feudos que pasaban de padres a hijos, con un absoluto desprecio de la clase que entonces era el desperdicio o el estropajo, y que hoy es la única clase que reconocemos: ila del hombre que trabaja! ¿Cambiaron las cosas, no es cierto? ¡Claro que cambiaron! Acaso vos te encojas de hombros no por maldad, Mordisquito - ivos no sos malo!-, sino por negligencia... Siempre viviste sin la angustia del peso que falta... y nunca llegaba hasta tu mundo el rumor doloroso de las muchedumbres explotadas. Para vos el resero o el peón o el chacarero eran pintorescos personajes sin problemas sociales, que se pasaban la vida ensillando el pingo pangaré o tocando no la guitarra... sino la vihuela.

Y para vos el obrero no era un padre, un hermano o un hijo, sino un anarquista que salía a hacer ruido los primero de mayo... y la fabriquera era un invento de Carriego... o un maniquí arrabalero para que encima le cortasen letras Carlos de la Púa o Celedonio Flores. Y no, Mordisquito... Todos ellos eran células de una familia, amores de una familia. ¿Vos te creías que no tenían que vivir y que comer? ¡Sí, comían como vos, vivían y amaban y sufrían como vos! ¡Y ahora, como vos, comen y aman y viven... pero ya no sufren! Frente a las cien familias de todos los años... ahí tenés las cinco mil de un solo año, fecundando el latifundio, trabajando no sólo para ellos... sino para la Patria... ique es estar trabajando para vos! ¿Entendés, Mordisquito?

No, a mí no me vas a contar que no entendés... que no entendiste ya hace mucho. ¡Qué me la vas a contar!

